

RESEÑA

Leo Strauss, los straussianos y los antistraussianos

por Demetrio CASTRO

SHADIA B. DRURY, *Leo Strauss and the American Right*, St. Martin's Press, New York, 1999. 239 páginas; ANNE NORTON, *Leo Strauss and the Politics of American Empire*, Yale University Press, New Haven, 2004. 235 páginas; THOMAS L. PANGLE, *Leo Strauss. An Introduction to his Thought and Intellectual Legacy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2006. 200 páginas; DANIEL TANGUAY, *Leo Strauss. An intellectual Biography*, Yale University Press, New Haven, 2007. 259 páginas; CATHERINE ZUCKERT Y MICHAEL ZUCKERT, *The Truth about Leo Strauss. Political Philosophy and American Democracy*, University of Chicago Press, Chicago, 2006. 306 páginas.

El de Leo Strauss (1899-1973), quién lo iba a decir, ha acabado siendo, en estos primeros años del siglo veintiuno, un nombre conocido mas allá del estrecho círculo de estudiosos de la filosofía política que sabían de él y entre la mayoría de los cuales no despertaba particular entusiasmo. Tampoco entre los más que ahora conocen su nombre y lo dejan caer hay demasiado aprecio por el hombre y sobre todo por su obra. Pero de él se habla en periódicos y otros medios de comunicación para públicos no especializados y hasta ha llegado al cine. Esta última circunstancia, más que una anécdota constituye un síntoma muy revelador de qué Strauss es el que parece haberse hecho famoso.

En el otoño de 2003, pocos meses después de la invasión de Irak y el derrocamiento de Sadam Hussein, Tim Robbins, cuyo activismo político compartido con su mujer, Susan Sarandon, es bien conocido, estrenó en Los Ángeles una pieza que al año siguiente se representó también en Nueva York y ya en 2005 se convirtió en película distribuida por medios no convencionales. La

pieza en cuestión, titulada *Embebed*, el término con el que se denominó la incorporación a unidades militares de los periodistas que cubrieron las primeras fases de la campaña, relata la conjura para llevar una guerra innecesaria a un país imaginario del Cercano Oriente, Gomorra, y la forma en que para ello se manipula la información y se engaña a la opinión pública. Bien fácilmente, por cierto. El complot lo dirigen unos cuantos personajes enmascarados cuyos nombres y otras señas, más que ocultar, identifican con toda claridad a funcionarios relevantes de la administración Bush. Pues bien, estos personajes amorales y aviesos actúan, en la puesta en escena de Robbins, ante un telón en el que se proyecta la cara de Strauss a quien dirigen oraciones y saludan al grito de ‘*Hail Strauss!*’¹.

No por grotesco deja de estar claro el mensaje. La inspiración ideológica de la política que ha tenido como eje el derrocamiento de Hussein, la doctrina del ataque preventivo, la política de combatir las amenazas terroristas atacando a algunos de los países que alientan o sostienen a quienes las practican, la política de presencia activa norteamericana en escenarios convulsos con ánimo (puro *wishful thinking*) de transformarlos en pacíficas democracias procederían de Leo Strauss. Más aun, él sería el inspirador del movimiento *neo-con*, la renovación del pensamiento conservador americano a finales del siglo veinte. En lo que concierne al primer supuesto, la fuente originaria de la imputación parece estar en uno de los personajes mas confusos, y para no pocos también confundido, de la política norteamericana, Lyndon LaRouche; alguien que ha hecho casi de todo, desde refundar internacionales trotskistas o ser candidato impenitente a la presidencia del país, sin olvidar una estancia en la cárcel por oscuros manejos financieros de la fundación que preside, pero que pasa por ser persona extraordinariamente bien informada y perspicaz, con ínfulas intelectuales. Respecto a la inspiración *neo-con*, el origen estaría en la politóloga canadiense Shadia Drury² (que

¹ Puede verse un análisis de la pieza de Robbins en el artículo de Lawrence F. KAPLAN, *The New Republic*, marzo 2004, <https://ssl.tnr.com/p/docsub.mhtml?i=online&s=kaplan031004> (30/05/07). Una versión sintética de la visión hostil hacia los seguidores de Strauss (“un pensador que aceptó la noción de ‘fascismo universal’”, que “enseñó a docenas de estudiantes que instituyeron en Chicago casi un culto en torno a él, y que hoy, ellos o sus continuadores, promueven sus ideas desde la universidad, la judicatura o el gobierno”, y cuyo rasgo intelectual distintivo, “enraizado en el centro de su pensamiento”, es “mentir para alcanzar sus objetivos”) puede verse en William H. LECKIE, Jr. “Stop the Straussians Before they Lie Again”: *History News Network* (6/09/2003), <http://www.hnn.us/articles/1494.html> (30/05/07).

² El interés de esta autora por Strauss viene de lejos, con una primera contribución, *The Political Ideas of Leo Strauss*, Macmillan, Houndmills, Basingstoke, Hampshire, 1988, actualizada con ocasión del auge de la controversia en torno a él como *The Political Thought of Leo Strauss*, Palgrave Macmillan, New York, 2005.

en buena medida ha podido también inspirar a LaRouche) secundada por otros académicos.

En *The Truth about Leo Strauss* Catherine Zuckert y Michael Zuckert dedican buena parte de la introducción a desentrañar cómo se ha creado y difundido en medios periodísticos y académicos esa idea que hace de un profesor de filosofía política poco conocido en su momento y sin especial dedicación a la política activa, incluso como analista, el gurú del pensamiento neo-conservador e inspirador de la política exterior americana actual. Mas allá del plano propiamente intelectual —la posible influencia de un autor o de un conjunto de ideas para inspirar una orientación determinada de la acción política—, es probable que en el fondo alienten poderosas y muy contagiosas inclinaciones a estructurar la visión de realidades complejas en términos de contubernio y maquinación, de mentes ocultas y desconocidas, perversas pero sutiles, capaces de encubrir la verdadera naturaleza de las cosas con apariencias, de señalar grandes e innobles objetivos y de diseñar medios truculentos de llegar a ellos. Trivialidades y circunstancias fortuitas sirven para reforzar tales convicciones. Por ejemplo, que Paul Wolfowitz, de tan importante intervención en la política del Departamento de Defensa bajo el gobierno de George Bush, hubiese estudiado en Chicago, la universidad de la que fue profesor Strauss durante casi toda su vida y siguiese dos de sus cursos, parece una confirmación poco rebatible de que todo encaja, aunque se sepa que el verdadero mentor de Wolfowitz fue Albert Wohlstetter (1913-1997), el teórico de la defensa nuclear firme, quien en aquellos años enseñaba en el Departamento de Ciencia Política de Chicago. Incluso en trabajos de calado académico la presencia de los straussianos se muestra proteica y expansiva, sin límites precisos y siempre en ampliación. No sólo se les encuentra en la universidad y en la administración, sino que se les supone también una virtualidad particular para intervenir en proyectos editoriales, corporaciones o *think tanks*. Tal omnipresencia se explica porque al final un straussiano puede ser cualquiera a quien quepa encasquetarle esa denominación, y hasta “people who were not educated by Straussians become subject to their influence and enjoy their patronage”³. Pero originariamente serían discípulos directos o indirectos de Strauss, especialmente en departamentos de Ciencia Política y muy en particular en Chicago. Aunque, desde luego, bajo el punto de vista de quienes

³ [Quienes no se han formado con straussianos acaban bajo su influencia y disfrutan de su patronazgo]. NORTON, *Leo Strauss and the Politics of American Empire*, p. 17.

menos se identifican con ellos, no son o habrían sido sólo serenos amantes de la filosofía o discretos intrigantes⁴.

No es, por tanto, muy prometedor adentrarse por esos caminos, salvo que tenga uno especial interés por esa variedad del pensamiento mágico que son las explicaciones conspirativas. Y sin embargo, la ya larga atención al pensamiento de Strauss no deja de merecer consideración. Primero, quizá, como muestra de la vitalidad de la Filosofía Política pese a que se venga entonando su responso desde mediados del siglo veinte; segundo, por algunas de las propias ideas de Strauss.

No especialmente reconocido en vida, el interés por su obra no dejó de crecer desde poco después de su muerte. La publicación en 1987 de un conjunto de artículos en *Policy Review*, por entonces revista de la conservadora Heritage Foundation, vino a ser algo así como la consagración de Strauss como teórico conservador. Un año antes se había celebrado un congreso bajo el patrocinio de la Universidad Hebrea de Baltimore y la Johns Hopkins con el título de *El legado humanista de Leo Strauss*⁵. En él se abordaron casi todos los asuntos relevan-

⁴ “The students of Strauss (and the students of the students of Strauss) who now walk the corridors of power walked a different set of corridors in the sixties and the seventies. In Chicago some of them formed what my professors called ‘Straussian truth squads’. They constituted themselves as bands of intellectual vigilantes, entering the classrooms of professors they disliked or distrusted, asking questions not to hear the answers but as a form of disruption and intimidation”. [Los alumnos de Strauss (y los alumnos de los alumnos de Strauss) que transitan hoy los pasillos del poder recorrieron otro tipo de pasillos en los decenios de 1960 y 1970. Algunos de ellos formaban en Chicago lo que mis profesores llamaban ‘escuadrones straussianos de la verdad’. Constituidos en bandas de vigilantes intelectuales, entraban en las clases de profesores que no les gustaban o de los que desconfiaban planteando preguntas sin esperar nunca la respuesta, para importunar e intimidar]. NORTON, *Leo Strauss and the Politics of American Empire*, p. 45. La autora, alumna entre otros de Joseph Cropsey, autor con Strauss de su *Historia de la Filosofía Política*, no era aún estudiante de Chicago en los años a los que se refiere y deja clara su dependencia respecto a informaciones orales: “I learned about the Straussian truth squads from Strauss’s old enemies, and from his students... The fullest and most critical account came, when I asked, from Joseph Cropsey. Strauss, however, does not appear to have discouraged the truth squads”. [Supe de los escuadrones straussianos de la verdad a través de viejos enemigos de Strauss y de sus estudiantes... La información más completa y más crítica me vino, cuando pregunté, de Joseph Cropsey. Strauss, sin embargo, no parece que repudiase los escuadrones de la verdad]. Ibidem. Esas actividades, más que algo ocasional, serían algo así como una práctica de escuela: “All the Straussians knew, and some had participated in, the truth squads and Chicago”. [Todos los straussianos conocían los escuadrones de la verdad de Chicago, y algunos habían participado en ellos]. Ibid. p. 51. Una explicación diferente de la naturaleza y alcance de tales *escuadrones* por alguien que reconoce haber participado una vez en ellos en David Lewis SCHAEFER, “Careless Reading”: *The Review of Politics*, vol. 67, n.º 3 (2005), p. 590. Arguye que si aquello tenía poco poder intimidatorio, alegarlo ha sido instrumento para excluir de las posibilidades de contratación en muchos departamentos de Ciencia Política a quienes son tenidos por straussianos.

⁵ Se publicaron las ponencias con considerable retraso, Alan UDORFF (ed), *Leo Strauss’s Thought, toward a critical engagement*, Lynne Rienner, London, 1991.

tes que caracterizan su pensamiento: el magisterio de los clásicos y la perennidad de la filosofía antigua, el esoterismo, Atenas y Jerusalén, la crítica a la modernidad.

Podría decirse que quedaron perfiladas así dos supuestas escuelas o líneas straussianas. La de los straussianos de la costa Este, mas académica y filosófica, y la de los de la costa Oeste, mas dados a la acción política⁶, un encasillamiento posiblemente más útil por lo esquemático que real. En ocasiones, viendo a quiénes se toma por figuras representativas de una u otra facción es complicado concluir qué es lo que hay en ellos de straussianos; es decir, en aquellos de los que se conoce obra escrita no siempre hay conexión clara y evidente con los asuntos que cultivó Strauss, el modo en que lo hizo y las conclusiones que estableció. De forma que es poco dudoso que “strausiano” es quizá en la mayoría de los casos una etiqueta simplificadora y de conveniencia, si bien aceptada y sostenida por muchos de aquellos a quienes se aplica⁷. Puede suceder, incluso, que no sea de Strauss el empuje esencial que caracterice a la corriente straussiana de la política norteamericana actual. Norton es muy categórica al respecto: “Bloom, far more than Strauss, had shaped the Straussians who govern America”⁸.

Lo cierto es que el libro de Norton tiene interés principalmente como ejemplo de literatura anti Straussiana. Y quizá no de la mejor. En sus páginas ajusta cuentas ideológicas y políticas con unos cuantos académicos, aunque no se ensaña tanto con ninguno como con Alan Bloom (1930-1992). Además de sugerir su co-responsabilidad en el suicidio de un colega al que hicieron el vacío por haber adoptado determinadas posturas en política académica, le acusa abiertamente de cripto-racista, misógino, elitista, antidemócrata, e incluso saca a relucir sus gustos y aficiones sexuales. Sin embargo, la mezcla de análisis, opinión y experiencia personal como parte del argumento da la impresión, paradójicamente, de que su libro está inspirado en el más famoso de los de Bloom, *The Closing of the American Mind*. Las analogías acaban ahí. Porque el de Norton es un libro confuso, con pasajes logrados y apuntes interesantes pero débilmente estructurado,

⁶ NORTON, *Leo Strauss and the Politics of American Empire*, pp. 7-8. ZUCKERT y ZUCKERT, *The Truth about Leo Strauss. Political Philosophy and American Democracy*, pp. 21-22.

⁷ Por ello es razonable la posición de Norton: “I am sorry for the name ‘Straussian’ because it implicates Strauss in views that were not always his, but it is best to call people the way they call themselves”. [Siento usar el adjetivo ‘strausiano’ porque implica a Strauss en puntos de vista que no siempre fueron los suyos, pero es preferible designar a las personas como ellas mismas se designan.] (Ibid., p. 7), y remite a la extraña web Straussian.net. No es tan razonable que con ello hurte proponer una definición propia. Se volverá inmediatamente sobre esto.

⁸ [Bloom, mucho más que Strauss ha troquelado a los straussianos que gobiernan América]. Ibid., p. 58.

plagado de anécdotas y cotilleos en los que tan pródiga es la vida universitaria, pero falto de argumentos y base informativa adecuada, y, sobre todo, incapaz de definir su objeto: en ningún momento explica qué, o mejor, quién es straussiano y por qué. La indicación de partida que apunta a una doble condición straussiana, (“the philosophic lineage that came from Leo Strauss” y “a set of students taking that name, regarded by others —and regarding themselves— as a chosen set of initiates into a hidden teaching”⁹) ni se mantiene claramente en el texto ni parece responder a elementos de identidad sólidos, a contenidos intelectuales y usos metodológicos homogéneos y estables. Hasta el punto de que en cierto modo los straussianos serían, al final, enemigos o renegados de su maestro: “The conception of philosophy, the breadth of learning found in Strauss and among his students stands in sharp contrast to the stubborn ignorance of the Straussians”¹⁰.

Por estos y otros motivos el libro de Norton, si regocijante para muchos, no llegó a tener particular aceptación académica, y entre las escasas reseñas que cosechó las hubo especialmente críticas¹¹. Los de su colega Drury son, en cambio, textos de irreprochable factura académica, aunque no sin ocasionales debilidades en algunos de sus argumentos. Por ejemplo, la afirmación categórica, en tiempos de gobierno de Bill Clinton, de que “[t]he power and influence of Strauss’s students in Washington is a well-documented fact” se sustenta sólo en informaciones de prensa¹². Pero, sobre todo, en esta obra sostiene una

⁹ [El linaje filosófico que se remonta a Strauss” y “algunos estudiantes que toman ese nombre, considerados por otros —y considerándose a sí mismos— un grupo de iniciados en un saber oculto]. *Ibid.*, p. 2.

¹⁰ [La concepción de la filosofía, la amplitud de conocimientos que hay en Strauss y entre sus alumnos, contrasta marcadamente con la obstinada ignorancia de los straussianos]. *Ibid.*, p. 226. En realidad la cuestión no se plantea en última instancia más allá de una relación de escuela, de relaciones maestro-discípulo que se transmiten, al parecer, un conocimiento particular y quizá un método de análisis de textos. Para un sedicente straussiano el straussianismo sería “[the] complex of writings, teachings, and other practices belonging to those students, students of students, followers and imitators of Strauss”. [El complejo de escritos, enseñanzas y otras prácticas propias de alumnos, alumnos de alumnos, seguidores e imitadores de Strauss]. Nathan TARCOV, “On a Certain Critique of ‘Straussianism’”: *The Review of Politics*, vol. 53, n.º 1 (1991), p. 7.

¹¹ Como la demolidora de James COSTOPOULOS, “Anne Norton and the ‘Straussian’ cabal: How not to write a Book”: *Interpretation: A Journal of Political Philosophy*, vol. 32, n.º 3 (2005), pp. 269-281. No menos severo es Schaefer para quien el libro “es ejemplo de los vicios de intolerancia, paranoia e intencionada inexactitud en la interpretación de los textos que equivocadamente atribuye a los straussianos”. SCHAEFER, “Careless Reading”, p. 592.

¹² [El poder y la influencia en Washington de los alumnos de Strauss es un hecho bien documentado]. Shadia B. DRURY, *Leo Strauss and the American Right*. St. Martin’s Press, New York, 1999, p. XI. La cosa no parece que fuese, o no sólo fuese, por William Galston, discípulo de Strauss que fue asesor del Presidente Clinton.

tesis: el neoconservadurismo norteamericano, también hasta cierto punto el canadiense, habría recibido de Strauss sus rasgos específicos que, para la autora, serían, entre otras cosas, un estado de ánimo o sentimiento de crisis, la aprensión hacia el nihilismo, la relevancia de lo religioso, la desconfianza hacia el pluralismo y la hostilidad hacia el liberalismo (en el sentido americano, lo que en el léxico político español se llamaría más bien *progresismo*). Aun más, esos rasgos habrían supuesto una transformación de fondo en el basamento ideológico del Partido republicano, una mutación en la que lo conservador habría quedado anegado por lo específicamente reaccionario¹³. Sobre todo, aunque no de un modo del todo preciso, Drury aclara suficientemente qué entender por straussiano. Si no se la interpreta mal se trataría de discípulos directos de Strauss, intelectuales preparados por él (se dice que dirigió más de cien tesis) a fin de influir discretamente en las decisiones del poder, en las acciones concretas de los políticos, para —más o menos— reinvertir el curso de la historia americana, y casi de la historia en general, saliendo al paso de los inexorables efectos del racionalismo ilustrado, del nihilismo, del secularismo y del liberalismo. En una palabra, de los pilares de la modernidad¹⁴. Hay algo ambiguo en esto, porque si por una parte los straussianos, como intelectuales a fin de cuentas, deben afanarse por hacerse oír por el poder, también como elite tienen que prohijar su propia clase dirigente o hacerse parte de ella. “For the Straussians, the practical political problem is to get the people to choose the natural aristocracy who should govern... They believe that the task at hand is to unseat the liberal elite and replace it with a conservative elite that is more favorable disposed to the advice of the wise”¹⁵. Para nada menos que “to use the popular Will to defeat American liberalism”¹⁶.

¹³ “Almost all of the dominant motifs of neoconservatism are the bedrock of Straussian political thought: the preoccupation with religion, the conviction that nihilism is the source of the crisis of American liberalism, the deprecation of Enlightenment rationalism, the antipathy to liberalism, the emphasis on nationalism, the concern with the role of intellectuals in politics, and the preference for democracy over liberalism”. [Casi todos los asuntos predominantes en el neoconservadurismo están en la base del pensamiento político straussiano: la preocupación respecto a la religión, la convicción de que la fuente de la crisis del liberalismo americano está en el nihilismo, la reprobación de racionalismo ilustrado, la antipatía hacia el liberalismo, la trascendencia del nacionalismo, el interés por los intelectuales en política y la preferencia por la democracia más que por el liberalismo]. *Ibid.*, pp. 138 y 178.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 14-15.

¹⁵ [Para los straussianos, el problema político práctico es hacer que la gente elija la aristocracia natural que debe gobernarla... Creen que la labor inmediata es desbancar a la elite liberal y reemplazarla por una elite conservadora más receptiva al consejo del sabio]. *Ibid.*, p. 135.

¹⁶ [Usar la voluntad popular a fin de derrotar al liberalismo americano]. *Ibidem*.

Sea como quiera, cautos y selectos, los straussianos se habrían propuesto cambiar el mundo conforme a un modelo, quizá mejor un contra-modelo, diseñado por Strauss. No especifica Drury si esos straussianos actúan de concierto, cómo se organizan si es que lo hacen, ni por qué son tan eficaces atrayéndose las diferentes corrientes antiliberales, como los libertarios, los comunitaristas, los republicanos y las feministas¹⁷, esto último pese a que “the phalocratic character of Leo Strauss’s philosophy is undeniable”¹⁸. Entre lo mejor del libro de Drury figura su análisis del neoconservadurismo, uno de cuyos aspectos discutibles es el filiarlo en exceso a la actividad de los Kristol, padre e hijo, Irving y William. No hay duda, en cualquier caso, de la influencia de ambos en la orientación del pensamiento conservador norteamericano ni en la importancia de las posiciones *neo-con* en la política americana de las últimas décadas. Lo que no está tan claro es si, como acaba ocurriendo en el libro de Drury, straussiano y *neo-con*, las ideas y personas representativas de una cosa y otra, son intercambiables o son todo uno. Si toda expresión del conservadurismo político —o las más importantes— puede acabar refiriéndose a las peculiares ideas filosóficas de Strauss. Por importante que pueda ser esa influencia, vía Kristol o cualquier otra, la sinécdoque en términos de *pars pro toto* es una figura estilística sin valor analítico, y da la impresión de que al engranar a Strauss y sus discípulos con el neoconservadurismo, Drury abusa de ella debilitando su análisis.

* * *

La atención a las obras anteriores parece necesaria para mejor dar cuenta del proceso que ha conducido a que Strauss sea más conocido y los términos en que ese conocimiento se ha encuadrado. En no pequeña medida mediante una reducción de su pensamiento, una esquematización de sus tesis y una proyección casi mecánica de ciertas facetas del mismo sobre determinadas posiciones políticas relativamente recientes y en su mayoría sustentadas después de su muerte por discípulos más o menos directos o antiguos estudiantes suyos. La obsesión de Strauss por el esoterismo y lo velado, lo hermético de muchas de sus afirmaciones, lo críptico de su estilo han tenido que contribuir, sin duda, a que sean posibles interpretaciones que no siempre parecen fundadas en una lectura sensata y sutil de sus obras. En realidad, Strauss escribió sobre todo glosando o descifrando el pensamiento de otros —Baruch Spinoza, Thomas Hobbes, al Farabi, Moisés Maimonides o Nicolás Maquiavelo— por lo que la deducción de posiciones propias no es siempre inmediata ni fácil. Es cierto, además, que su obsesión por la escritura

¹⁷ Ibid., pp. 170ss.

¹⁸ [El carácter falocrático de la filosofía de Leo Strauss es indiscutible]. Ibid., p. 167.

crítica, por la enseñanza esotérica, puede hacer que los registros de lectura de sus obras no siempre sean transparentes y asequibles. Por ello son de agradecer libros en los que se intenta sistematizar y esclarecer ese pensamiento. Dadas las circunstancias, parece inevitable algún tinte polémico en el planteamiento y la exposición, pudiendo entenderse en cierto modo como respuestas defensivas de los straussianos. Así, los Zuckert admiten escribir desde la gratitud a quien llaman su maestro y también con “a bit of righteous indignation at the injustice being done him”¹⁹. Un libro como el suyo consagrado a Strauss y con dedicatoria, entre otros, a Allan Bloom y Joseph Cropsey y escrito desde el Departamento de Ciencia Política de Chicago autorizaría a ponerles a ambos en la nómina de straussianos activos. Pero habría que recordar, para no perder de vista lo aventurado de las generalizaciones, que Michael Zuckert se significó por una temprana y resuelta oposición a la intervención en Irak, al parecer, empresa central del programa político straussiano.

A Thomas L. Pangle, también reconocido straussiano, no se le escapan los riesgos de escribir en tales parámetros polémicos, como lo hace él para salir al paso de lo que considera los más extendidos y crasos errores en torno al pensamiento de Strauss. Porque así los straussianos, a quienes considera “an embattled and dispersed minority”²⁰, caen en el peligro de “slipping into a defensiveness that can perhaps distort thinking, as well as impinge upon collegiality”²¹. No podría decirse con seguridad que él haya sorteado totalmente esos riesgos.

Distinto es el caso de Daniel Tanguay²². El suyo es un libro de implacable rigor, basado en lectura muy a fondo de las obras de Strauss y también en un uso inteligente pero no exhaustivo de su documentación personal depositada en la *Regenstein Library* de la Universidad de Chicago²³. Construye con ello una génesis del pensamiento straussiano sospechosamente coherente y trabada, en un desarrollo lineal desde sus primeros escritos y su obra inicial sobre Spinoza que cuaja en un platonismo maduro cuya piedra de toque la habría tenido en al Fara-

¹⁹ [Algo de justa indignación ante el desafuero que se le hace]. ZUCKERT Y ZUCKERT, *The Truth about Leo Strauss. Political Philosophy and American Democracy*, p. x.

²⁰ [Una minoría encastillada y dispersa]. THOMAS L. PANGLE, *Leo Strauss. An Introduction to his Thought and Intellectual Legacy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2006, p. 5.

²¹ [Deslizarse hacia posiciones defensivas que quizá puedan distorsionar las ideas y también afectar a la colegialidad]. *Ibidem*.

²² DANIEL TANGUAY, *Leo Strauss, Une biographie Intellectuelle*, Grasset & Fasquelle, Paris, 2003. Aquí se cita la edición inglesa: DANIEL TANGUAY, *Leo Strauss. An Intellectual Biography*, Yale University Press, New Haven, 2007.

²³ Se trata de un fondo fundamental compuesto por papeles de trabajo (manuscritos, notas, etc.), audios y una correspondencia de más de mil cartas, <http://ead.lib.uchicago.edu/view.xqy?id=ICU.SPCL.STRAUSSLEO&q=Leo+Strauss+papers&page=1> (30/05/07)

bi. Aquí las referencias circunstanciales quedan en segundo plano, la política norteamericana no tiene cabida ni el término neoconservadurismo se menciona. La política a la que se alude es la de la Alemania de su juventud y su principal preocupación a este respecto es la del sionismo que abandona pero que dejaría en él una huella duradera en forma de reserva respecto al liberalismo, incapaz de resolver plenamente la cuestión judía²⁴. Tanguay conviene en que el sentido último del pensamiento de Strauss es difícil de desentrañar²⁵, tanto más cuanto en sus escritos hay una deliberada voluntad de ocultación²⁶. Con todo, parece poco dudoso que su médula estaría en un rechazo de la Ilustración y la crítica a la modernidad filosófica y política.

Si se lee a Strauss y a los que sobre la obra de Strauss escriben como lo hace Tanguay, y no sobre el papel de sus discípulos y seguidores en la política actual de los Estados Unidos, quizá sean esos dos los aspectos que mayor curiosidad pueden suscitar, admitiendo todo lo que de subjetivo pueda haber en ello. No supone eso que otras cuestiones recurrentes en Strauss como la relación teología/política o la fundamentación de los derechos naturales sean irrelevantes. Pero en última instancia, lo que destaca y hace original su pensamiento, encadenándose de un modo u otro todas las demás cuestiones con éstas, es su técnica para ahondar en el significado de los textos más allá de su sentido aparente, y lo que se podría llamar su revuelta contra la modernidad. En la medida en que la modernidad se aparta de la filosofía antigua, ambos elementos estarían conectados. Aun más, son ambas cuestiones estrechamente enlazadas, en tanto que para Strauss es obligada la vuelta o “recuperación” de esa filosofía antigua y para hacerlo posible sería imperativo estar en condiciones de llegar al verdadero sentido de los textos, algo que los enfoques y recursos analíticos convencionales no permiten. Hay en el fondo una interpretación de la historia de la filosofía como proceso extraviado, como saber que lejos de elevarse y afinarse con el paso del tiempo, creciendo en hondura y certidumbre con su propio desarrollo, se quiebra en un momento determinado. Algo, esa división entre antigua y moderna filosofía, que

²⁴ TANGUAY, *Leo Strauss. An intellectual Biography*, p. 15.

²⁵ “Strauss’ final attitude is in fact very difficult to bring to light”. [La actitud final de Strauss es en realidad difícil de descubrir]. *Ibid.*, p. 63. Aunque referida específicamente a la cuestión del filósofo-profeta-jefe político la observación tiene validez general.

²⁶ “After 1941 Strauss had started to use esoteric writing himself to conceal certain important truths from the inattentive reader”. [Después de 1941 Strauss [como al Farabi y otros filósofos de la Antigüedad y la Edad Media] empezó a usar escritura esotérica para encubrir al lector inadvertido determinadas verdades importantes]. *Ibid.*, p. 83. Más sobre esta cuestión: “necessary beliefs and true beliefs” [creencias necesarias y auténticas creencias], “teaching for the philosophers and the teaching for the multitude”. [Enseñanza para los filósofos y enseñanza para la multitud], etc. *Ibid.*, p. 99.

califica de *catastrófico*²⁷. Los efectos de la catástrofe se habrían evidenciado en la segunda mitad del diecinueve, con Friedrich Nietzsche, el positivismo y su atención a los hechos contrastables antes que a los valores, y con el historicismo, en cuyo vientre habría llegado el relativismo que en el léxico de Strauss suele ser sinónimo de nihilismo. Para él, el predominio del historicismo, o su modo radical nihilista, y el de un tipo humano especial, descomprometido y romo, algo así como lo que José Ortega y Gasset veía en el hombre-masa, constituyen los síntomas de “la crisis de nuestro tiempo”²⁸, un parecer sostenido sobre la idealización de los valores y las realidades sociales del mundo premoderno y en especial de la Antigüedad. La proposición historicista de que las realidades humanas, entre ellas los valores vigentes, sólo se entienden plenamente en su propia circunstancia histórica, en los márgenes de su marco temporal (y también cultural cuando el historicismo clásico se reforzase con las aportaciones de la antropología), significa para Strauss una renuncia o una imposibilidad de acceder al conocimiento real. Una especie de segunda caverna, como la del mito de *La República*, una prisión intelectual de la que sólo cabe librarse volviendo a los clásicos, lo que supone, entre otras cosas, la revisión y desasimiento de la filosofía que se articula en torno a la Ilustración²⁹.

Para concebir esto hay que presuponer un saber intemporal, unas verdades *perennes*, siempre iguales a sí mismas y anteriores o externas a los seres humanos que puedan pensarlas, articularlas, usarlas en sus relaciones con otros hombres o para explicarse a sí mismos. Un saber que puede exponerse en un lenguaje intemporal, con palabras y conceptos que tienen un mismo e indubitable sentido transhistórico para quienes han penetrado en él. Hombres que, convenientemente iniciados, pueden leer igual el mismo texto al margen de su circunstancia cultural y de su tiempo.

Rebaten con cierto calor los straussianos la censura a Strauss de desconocer el valor del contexto como parte necesaria de la explicación del texto³⁰. Desde que

²⁷ ZUCKERT y ZUCKERT, *The Truth about Leo Strauss. Political Philosophy and American Democracy*, p. 31.

²⁸ *Ibid.*, pp. 35, 36 y 72. Nadie parece haber reparado en los ecos orteguianos de estas expresiones y conceptos de Strauss, que sin duda hubo de conocer al filósofo español antes incluso de abandonar Alemania.

²⁹ TANGUAY, *Leo Strauss. An intellectual Biography*, pp. 44-46.

³⁰ “The mode of reading Strauss recommended requires the student to look at, but not surrender to, the context in which an author wrote. What Strauss refused to concede...is that works by the greatest minds merely reflects...the opinions and concerns of their contemporaries”. [La forma de leer que Strauss recomienda exige al estudiante atender al contexto en el que el autor escribió, pero no someterse a él...Lo que Strauss se negaba a admitir...es que las obras de las grandes inteligencias...fuesen nada más que reflejo de las opiniones e inquietudes de los contemporáneos].

su distinción entre sentido aparente y superficial por un lado, y sentido profundo y real por otro, se explica en esencia como efecto de las cautelas impuestas por el riesgo representado por las censuras y las ortodoxias intolerantes, es claro que lo contextual no falta en su esquema. Pero la cuestión no es ésta, y hace ya mucho que lo señaló Quentin Skinner. La cuestión es si el texto —y en particular el texto político, que es un texto, sobre todo, para hacer con él algo políticamente— tiene un sentido propio, unívoco, constante, intemporal. Si los textos tienen una única lectura *real* posible e inmutable aunque no evidente. En la que Strauss pudo penetrar porque “rediscovere[d] the lost ancient art of writing, and thus the forgotten core of classical political philosophy”³¹. El problema no es sólo interpretar los silencios, embozos y efugios exigidos por la precaución y la autocensura, sino el alcanzar el sentido reservado o restringido del texto, el significado del mismo que no es para todos. O sea, conocer la clave de la falsedad del texto³².

Da la impresión de que en el enfoque straussiano domina una interpretación poco elaborada de *texto*, de la fuente. No sólo porque los efectos heurísticos y metodológicos del *giro lingüístico* que tan profundamente ha influido en las

ZUCKERT y ZUCKERT, *The Truth about Leo Strauss. Political Philosophy and American Democracy*, p. 43. Ningún contextualista sensato ha pretendido nunca una simpleza así. El ardor de Pangle contra los historiadores intelectuales escépticos ante los enfoques de Strauss es aún mayor: “Strauss’s rediscovery is intended, among other things, to provide the empirical evidence that refutes or draws radically into doubt today’s reigning scholarly framework for understanding the relation of philosophic thought to historical context...The fanatically obscurantist response of conventional scholars has been to denounce the thesis of esoteric writing concerning the relation of thought to historical context while simultaneously and incoherently proclaiming the myth that Strauss and his followers ignore historical context in their interpretations of past thinkers”. [El redescubrimiento de Strauss pretende, entre otras cosas, proporcionar la evidencia empírica que refuta o pone radicalmente en duda el marco académico vigente para entender la relación entre el pensamiento filosófico y el contexto histórico...La respuesta fanática y obscurantista de los estudiosos convencionales ha sido, por una parte, reprobando la tesis de la escritura esotérica respecto a la relación del pensamiento y el contexto histórico, mientras simultánea e incoherentemente se difunde el mito de que Strauss y sus discípulos ignoran el contexto histórico al interpretar a los pensadores antiguos]. PANGLE, *Leo Strauss. An Introduction to his Thought and Intellectual Legacy*, p. 59.

³¹ [Redescubrió el arte olvidado de escribir de la Antigüedad y con ello el núcleo de la filosofía política clásica]. PANGLE, *Leo Strauss. An Introduction to his Thought and Intellectual Legacy*, p. 58.

³² “Pre-Nietzschean philosophers had not always said or written everything they thought...not merely to protect themselves from persecution but to preserve the healthy beliefs that make public order possible and life more meaningful for individuals”. [Los filósofos anteriores a Nietzsche no siempre dicen o escriben todo lo que pensaron...no sólo para protegerse de persecuciones, sino para preservar las creencias saludables que hacen posible el orden público y una vida con mayor sentido para los individuos]. ZUCKERT y ZUCKERT, *The Truth about Leo Strauss. Political Philosophy and American Democracy*, p. 44.

humanidades y las ciencias sociales desde hace un cuarto de siglo están por completo ausentes, no ya en los escritos del propio Strauss que murió antes de poder conocer las implicaciones de los nuevos enfoques, sino también en sus glosadores, que cuando lo enfrentan tiene poco que decir sobre ello. Los Zuckert llevan a cabo, con todo, un interesante análisis de Strauss en relación con Jacques Derrida, viendo a ambos como pensadores postmodernos, uno conservador, otro izquierdista, aquél mucho más y más hondamente postmoderno³³. Por encima de analogías de discutible relevancia (el origen judío por ejemplo) el punto de conexión estaría en la lectura múltiple de los textos que ambos habrían sostenido, en la variabilidad interpretativa, aunque no caben muchas dudas de que el modo de entender el sentido y consecuencias de esa variabilidad por parte de cada uno de los dos autores sea asemejable. Poco o nada supo Strauss de Derrida (y probablemente viceversa) por eso el ejercicio de confrontación o diálogo que los Zuckert desarrollan³⁴ aunque interesante, es pura ficción expresada en condicionales y potenciales, una mera construcción contrafactual³⁵.

Pero hay algo previo y más simple. Se ha dicho con frecuencia que en el acercamiento de Strauss al texto hay una impronta más o menos difusa del modo en que la erudición bíblica procede respecto al libro. Hay, en efecto, algo de masoreta en ese enfoque hermenéutico, aunque sólo sea en la visión del texto como unidad cerrada. La historia de los textos antiguos es, sin embargo, demasiado compleja y llena de azares como para admitir que puedan ser unidades enterizas, cencidos. En los preliminares de su *Utopía* incluye Tomás Moro el incidente del mono que, en el barco, alcanza un fardo de libros rompiendo páginas de varios de ellos que de este modo quedan mutilados o fragmentarios. Es una metáfora excelente, de un humanista excelente, respecto a la incertidumbre con la que el lector tiene que acercarse a textos de tiempos muy remotos, pasados por diferentes manos, glosados, interpolados, retraducidos. No hay que recordar cómo para la crítica platónica hay dudas serias sobre la autoría de los *Diálogos*, sobre la integridad de lo que el propio Platón pudo escribir y la intervención de la Academia y en especial de Palemón, tres generaciones después. Lo mismo cabría decir respecto a Aristóteles y el Liceo y la fidelidad de sus libros

³³ Ibid., pp. 102-114.

³⁴ Ibid., pp. 111-12.

³⁵ La construcción gramatical de este dialogo es muy ilustrativa: “Sospechamos...que [Strauss] hubiera dicho”; “Strauss would probably have pointed out ... Derrida would respond... Strauss would answer Derrida” [“Strauss hubiera observado...Derrida hubiera respondido...Strauss hubiera replicado...”]. Se trata de un magnífico ejemplo de análisis straussiano construido sobre la conjetura de lo que los autores pudieran haber dicho, pero de hecho no dijeron.

acroamáticos y sus libros esotéricos. Por eso también resulta poco convincente el enfoque straussiano, su visión del texto antiguo como una unidad suficiente en sí misma y reflejo del pensamiento expreso y encriptado de un pensador concreto, con un mensaje inequívoco y confidencial para quien sabe leerlo. Algo que inclina al escepticismo respecto a cómo “Strauss believed himself to be the latest link in the chain traversing the history of thought: that of genuine Platonists”³⁶. Que hay algo de fantasía en pretender que es posible *volver* a una genuina tradición socrático-platónica sin las mediaciones del presente y el pasado. Que para ello es suficiente, o al menos imprescindible, leer los textos de un modo intemporal, *dialogar* con ellos en un lenguaje común y compartido. Todo lleva a pensar que en gran parte esos textos son fruto de variaciones prolongadas en el tiempo y en las que los mensajes se adaptan a lo que la circunstancia concreta invita a resaltar o entender preferentemente. Como puede estar pasando ahora con los libros, de autoría bien segura e integridad incuestionable, del mismo Strauss.

³⁶ [Strauss creía que él era el último eslabón de una cadena que cruza toda la historia del pensamiento: la de los verdaderos platónicos]. TANGUAY, *Leo Strauss. An intellectual Biography*, p. 97.